

Paradójicamente, la zona de influencia portuguesa nacida en el tratado de Tordesillas fue protegida por la unión de los dos reinos y con el sacrificio castellano, sin cuyo concurso les hubiera sido imposible conservarla tal como acabó ocurriendo poco después al ser desplazados de Oriente e incluso de África por holandeses, ingleses y franceses, pero no por los castellanos-españoles.

En definitiva un libro interesante para quien quiera conocer esa época bebiendo en las fuentes.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS

Pío Moa: LOS CRÍMENES DE LA GUERRA CIVIL Y OTRAS POLÉMICAS^(*)

La última oleada de historiadores la II República y la Guerra Civil es sumamente pobre, y de algunos, dada la ignorancia que demuestran, asombra que logren publicar su obra. De esta última hornada se salva como verdadero y estimable historiador Pío Moa, que sufre una virulenta persecución de los cultivadores del sectarismo.

No deja de ser curioso que un antiguo dirigente del GRAPO se haya convertido en uno de los historiadores más interesantes de la España del siglo xx. No comprendo por qué Pío Moa suscita cierta suspicacia incluso en personas ecuanímenes que, abrumadas por la propaganda, han llegado a creer que existió cierto equilibrio en los desmanes cometidos en uno y otro bando durante la Guerra Civil.

Que la guerra civil comenzó su primera fase en octubre de 1934, parece que quedan pocas dudas, pero considero que en cambio en lo que respecta a su finalización resulta menos claro, puesto que aunque se de cómo fecha convencional el 1 de abril de 1939, el período considerado como de represión de la posguerra hasta 1950, se puede considerar como su continuación.

(*) *La Esfera de los Libros*, 4.ª ed., Madrid, 2004, 286 págs.

Las persistentes presiones, por parte del Gobierno del Frente Popular en el exilio, para una intervención directa de los Aliados hasta 1943, primero de Inglaterra y después de EEUU a partir del desembarco en Marruecos; la invasión directa, apoyada por Francia, de los llamados "maquis" desde 1944 a 1947 y su continuación con actos de bandidaje y terrorismo de cierta intensidad hasta 1950 y apoyados por la retirada de embajadores en 1947 y el consiguiente aislamiento y bloqueo, forman parte de la Guerra Civil que se podría denominar de baja intensidad.

Personalmente me parece que el autor, a pesar de todo, continúa mentalmente en una izquierda idealista muy alejada de los integrados en la izquierda arribista, que a menudo han militado igualmente en una derecha también arribista, lo que le obliga a realizar un gran esfuerzo por ser ecuánime. Esta actitud, es tanto más estimable por lo raro, pues en ciertos sectores de izquierda —excepción hecha quizás de los anarquistas— a un historiador se le exige que sea sectario y no se le perdona la honradez consigo mismo.

En cuanto a su benévola mirada sobre algunos desmanes de la izquierda se debe probablemente al hecho de haber pasado personalmente por una situación parecida durante su pertenencia al GRAPO, como relata en su obra *Eri otro tiempo y en otro lugar*, cuando el mismo dirigía durante los años 60 y 70 acciones terroristas después de haber pasado en su adolescencia por un proceso de intoxicación que convertía esas acciones no sólo en aceptables sino incluso en aureoladas de heroísmo.

Durante la transición, dirigentes de izquierda confesaban que los asesinatos cometidos por ETA en los años 60 y 70 eran de *buen tono* celebrarlos en ciertos ambientes de izquierda y sobre todo en los de la *gauche divine*, y en alguna ocasión, para mi vergüenza, fui testigo del tono elogioso empleado para calificar los asesinatos de ETA o el GRAPO; esa misma izquierda que, bastante cómodamente instalada en el régimen anterior, acabó formando la izquierda actual y que, al menos en lo económico, parece más bien defender lo que entonces se llamaba el *capitalismo salvaje*.

En la introducción (pág. 25), Pío Moa relata el inútil intento por lograr que le publicaran una carta de réplica a un artículo de

Santos Juliá en *El País*, lleno de descalificaciones al autor por su obra *Los mitos de la guerra Civil*. Pío Moa dice, en su carta de réplica, que utiliza entre otros los archivos de la "Fundación Pablo Iglesias", lo que me llevó a recordar la introducción de *El archipiélago Gulag*, en el que Solschenizyn dice que en lo que relata no hay nada imaginario y que además de su experiencia, aportan datos inestimables, pese a su deseos, personajes como los fiscales generales Krylenko y su sucesor Vichinski, además de Averbaj, Máximo Gorki, etc.

Más adelante el autor se defiende de la crítica difundida en medios historiográficos de la derecha, según los cuales sus libros "no dicen nada nuevo" y su contenido "ya lo sabían los historiadores". Contra estas afirmaciones, que en alguna medida he llegado a compartir, enumera una serie de aportaciones que el mismo califica de modestas, pues, como en casi todo "avanzamos a hombros de gigantes".

Con gusto rectifico mi anterior infravaloración, reconociendo que sus aportaciones son estimables en muchos campos, empezando por los de la propia Introducción, al reflejar para la Historia de España una situación actual de silenciamiento, descalificación e incluso de persecución, de todos aquellos historiadores que quieren reflejar la verdad objetiva. Sin estos testimonios sobre el silenciamiento que sufren muchos intelectuales por parte de los medios de comunicación, incluidos los editoriales, y que forman un cuasi monopolio en torno a PRISA, parecería en el futuro que hemos vivido en esta época una situación de idílica libertad.

Es verdad que, como dice Stanley Payne, las aportaciones actuales a la historia de la República y la Guerra Civil son modestas, pero dentro de estas destaca la de Pío Moa, no ya por los nuevos documentos desvelados, sino por el enfoque de una izquierda vista desde dentro durante la República, la guerra y la posguerra y desprovista del maquillaje o censura a la que le somete el sectarismo de un militante. Por otra parte, además de la acumulación de materiales o datos, ordena ese rompecabezas, estudia la concatenación de los hechos y su peso específico e interpreta la toma de decisiones de los actores.

Como decía, me parece que Pío Moa hace un sincero esfuerzo por comprender lo que pudiéramos llamar pudorosamente desmanes de la izquierda, atribuyéndolos en parte a una labor de azuzamiento de las masas hasta la exasperación, realizada por dirigentes con cierto bagaje intelectual como Azaña, Negrín o Largo Caballero, por no nombrar a comunistas como Carrillo ya que éstos además de su labor como instigadores no tuvieron inconveniente involucrase directamente en los asesinatos (cfr. *Carrillo miente*, de Ricardo de la Cierva).

Pío Moa tiene la ventaja de contrastar cada hecho, y no pocas veces aporta testimonios y perspectivas inéditos, fruto de su trayectoria vital que le hace ver con ojos nuevos determinados hechos que frecuentemente nos han pasado desapercibidos a los que nos hemos interesado por este período de nuestra historia.

Ya en el primer capítulo, significativamente titulado "República: democracia y Guerra Civil", aparece una afirmación en la página 41, que no recuerdo haber leído anteriormente y que no por ser cierta resulta menos chocante: "Franco respetó más que Azaña la legalidad republicana en 1931, en 1932 con la intentona de Sanjurjo, en 1934 con la Revolución de Octubre. Si los líderes hubieran mostrado el mismo respeto, la guerra no se habría producido ...". Por mi parte, cuando leo algo sobre la Revolución de Octubre en 1934, siempre me pregunto sobre la razón que pudo impulsar a Franco a no tomar las riendas en esa ocasión cuando tenía casi todos los resortes en sus manos y la posibilidad de hacerlo de una manera incruenta y revestida de legalidad.

Después de desmontar la idílica imagen de Azaña con la que se le retrata actualmente, en el capítulo "Negrín no acaba de pasar a la Historia", hace otro tanto con Negrín cuya actuación más que torpe, presenta como repulsiva. Una interpretación original, es la de la pérdida de independencia del Gobierno del Frente Popular y con él la II República, con la entrega a la URSS de las reservas españolas de oro (las 4.ª del mundo por su cuantía), acumuladas durante la Dictadura de Primo de Rivera.

Si bien el tratamiento de algunos episodios de la guerra civil resulta chocante en estos tiempos, simplemente por acercarse a lo que es un relato histórico, lo que resulta una aportación a mi

juicio más original es el último capítulo titulado "El coletazo de la guerra civil".

Interesante por los datos y testimonios personales sobre la época y los hechos que vivió como uno de los escasos protagonistas de la oposición al régimen de Franco en los años 60 y 70.

Interesante esa historia reciente bajo la óptica de la oposición radical, las agudas observaciones sobre la mentalidad que inspiraba la ideología de la minúscula oposición de izquierdas al régimen de Franco cuya columna vertebral era el PCE junto con sus numerosas heterodoxias que iban desde stalinismo y el maoísmo al troskismo y que inspiraban a grupos como el GRAPO o ETA.

Interesante y reveladora, por sorprendente que pueda resultar, la descripción de cómo se trataba de conciliar la contradicción de una propaganda que defendía la democracia y la libertad con la aspiración a una dictadura totalitaria del tipo de la soviética o la china ("Los modelos admirados por la oposición, eran los de Castro, Mao, Breshnief, incomparablemente peores que el franquismo"). Es más, no pocos *reclutas* de estas ideologías procedían de desengañados del régimen, no por su carácter autoritario, sino paradójicamente por no ser totalitario.

Interesante porque va contra corriente haciendo un estudio comparado de los historiadores de diversas tendencias poniendo el acento en los datos, contrastándolos y poniéndolos en paralelo con los juicios de valor. Los datos son tan impertinentes que el resultado es demoledor, poniendo en ridículo a algunos que pretenden pasar por historiadores cuando no son más que recopiladores de panfletos de propaganda, de ahí la aversión que sienten por los datos ciertos sectores, aunque estos datos provengan de los archivos de Moscú o de los de la II República.

La visión de la posguerra y la transición, se complementa con el relato del acoso, combinado con el silencio, sufrido como escritor y como historiador por los llamados medios de comunicación libres, de los que no es el único ejemplo *El País* y su entorno.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS